

Teatro breve para niños





Teatro breve para niños

Nicolás Guillén, Federico García Lorca
y otros

Selección y notas
Jorge Sotelo Aguilar

© Pehuén Editores, 2005
María Luisa Santander 537, Providencia, Santiago
Fono (56-2) 225 62 64 - 204 93 99
editorial@pehuen.cl

Inscripción N° 89.915
ISBN 978-956-16-0277-9

Primera edición, mayo de 1994
Tercera edición, mayo de 2007

Diseño y diagramación
Ximena Silva V.
Olaya Fernández A.

Más información, actividades sobre este libro y otras lecturas recomendadas por edad en "Motivación para la lectura", www.pehuen.cl

Se prohíbe la reproducción o emisión total o parcial de este libro, ya sea a través de sistemas eléctricos, electrónicos, mecánicos, químicos, ópticos, de grabación, fotográficos o de fotocopia, sin la autorización previa del editor.

Impreso en los talleres de
Imprenta Salesianos S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



pehuén



“El niño debe disfrutar plenamente
de juegos y diversiones, los cuales deben estar orientados
hacia los fines perseguidos por la educación.
La sociedad y las autoridades públicas se esforzarán por promover
el goce de este derecho”

Artículo 7 Declaración Universal de los Derechos del Niño
(Tercer párrafo)

Índice

Introducción	11
Poema con niños	13
<i>Nicolás Guillén</i>	
La niña que riega la albahaca y el príncipe preguntón	21
<i>Federico García Lorca</i>	
El pastel y la tarta	29
<i>Anónimo</i>	
El abogado distraído	41
Brevísima historia del Teatro	47
Glosario de términos teatrales	49
Mapa de un escenario	55
Ficha Bibliográfica	56
<i>Nicolás Guillén</i>	
Ficha Bibliográfica	58
<i>Federico García Lorca</i>	

Introducción

Esta colección tiene como objetivo fundamental facilitar a los niños, niñas, profesores, padres y todas las personas que trabajan con ellos, los recursos, técnicas y procesos necesarios para desarrollar la capacidad expresiva y corporal del niño, dinamizando los procesos académicos a través de una propuesta pedagógica sustentada en el juego dramático, guiada por y para educadores optimistas.

Como herramienta educativa, el teatro proyecta resultados positivos en el afianzamiento de una autoestima positiva y, por consiguiente, un evidente progreso en todos los ámbitos del desarrollo, tanto para alumnos con necesidades educativas especiales como para los alumnos sin ellas.

De este modo se previenen las dificultades en el progreso del lenguaje oral y la expresión corporal, además de fortalecer las habilidades y destrezas expresivas, comunicativas y asociativas, junto con las relaciones personales. Lo que permitirá el desarrollo de niños y niñas activos, autónomos y creativos que participan en la planificación y realización del proyecto teatral.

El teatro desarrolla el sentido de responsabilidad personal ante el trabajo colectivo, fomenta relaciones dentro del grupo y promueve la aceptación del propio cuerpo.

Existen cursos donde se encuentran niños con discapacidad física o mental. Sin embargo, estamos convencidos de que estos niños o niñas pueden actuar. ¿Por qué no puede ser la secretaria, una niña en silla de ruedas? Participar en la puesta en escena potencia su propia evolución, además de la ayuda educativa de comprensión y madurez para el resto de sus compañeros al compartir un escenario con ellos.

El teatro infantil es un proceso de creación dinámico y flexible en el que todos los participantes pueden ser protagonistas y autores, por la facilidad que tienen los niños para crear situaciones con total espontaneidad, pues con cualquier elemento simple y sencillo son capaces de crear un mundo sorprendente: un par de ollas es la batería perfecta para interpretar un concierto; unos zapatos desvencijados de tacón bastan, para ser la más estupenda señora de un domingo cualquiera. Ellos generalmente aportarán ideas posibles de integrar a la puesta en escena, por lo que es fundamental valorar todas sus opiniones.



Poema
con
niños

Nicolás Guillén

PERSONAJES

La Madre

Niño Blanco

Niño Judío

Niño Negro

Niño Chino



La escena, en un salón familiar. La madre, blanca, y su hijo. Un niño negro, uno chino, uno judío, que están de visita. La madre, sentada, mientras a su lado ellos juegan con unos soldaditos de plomo.

ESCENA I

LA MADRE (*Dirigiéndose al grupo*): ¿No ven? Aquí están mejor que allá, en la calle... No sé cómo hay madres despreocupadas, que dejan a sus hijos solos todo el día por esos mundos de Dios. (*Se dirige al niño negro*) Y tú, ¿cómo te llamas?

EL NEGRO: ¿Yo? Manuel. (*Indicando al chino*). Y éste se llama Luis. (*Indicando al judío*) Y éste se llama Jacobo...

LA MADRE: Oye, ¿vives cerca de aquí?

EL NEGRO: No, señora. (*Indicando al chino*) Ni éste tampoco. (*Indicando al judío*) Ni éste...

EL JUDÍO: Yo vivo por allá por la calle de Acosta, cerca de la Terminal. Mi papá es zapatero. Yo quiero ser médico. Tengo una hermanita que toca el piano, pero como en casa no hay piano, siempre va a casa de una amiga suya, que tiene un piano de cola... El otro día le dio un dolor...

LA MADRE: ¿Al piano de cola o a tu hermanita?

EL JUDÍO (*Ríe*): No, a la amiga de mi hermanita. Yo fui a buscar al doctor...

LA MADRE: ¡Ajá! Pero ya se curó, ¿verdad?

EL JUDÍO: Sí, se curó enseguida: no era un dolor muy fuerte.

LA MADRE: ¡Qué bueno! (*Dirigiéndose al niño chino*) ¿Y tú? A ver, ¿cómo te llamas tú?

EL CHINO: Luis...

LA MADRE: ¿Luis? Verdad, hombre, si hace un momento lo había dicho Manuel... ¿Y qué, tú eres chino de China, Luis? ¿Tú sabes hablar en chino?



EL CHINO: No, señora. Mi padre es chino, pero yo no soy chino. Yo soy cubano, y mi mamá también.

EL HIJO: ¡Mamá! ¡Mamá! (*Indicando al chino*). El padre de éste tenía un almacén, y lo vendió...

LA MADRE: ¿Sí? ¿Y cómo lo sabes tú, Rafaelito?

EL HIJO: (*Indicando al chino*) Porque éste me lo dijo. ¿No es verdad, Luis?

EL CHINO: Verdad, yo se lo dije porque mamá me lo contó.

LA MADRE: Bueno, a jugar, pero sin pelear, ¿eh? No quiero disputas. Tú, Rafael, no juegues con los soldados para ti solo y dales a ellos también...

EL HIJO: Sí, mamá, si ya se los repartí. Tocamos seis cada uno. Ahora vamos a hacer una parada, porque los soldados se marchan a la guerra...

LA MADRE: Bueno, en paz, y no me llames porque estoy por allá dentro... (*Se va*).

ESCENA II

Los niños, solos, hablan mientras juegan con sus soldaditos.

EL HIJO: Estos soldados me los regaló un capitán que vive ahí enfrente. Me los dio el día de mi santo...

EL NEGRO: Yo nunca he tenido soldaditos como los tuyos. Oye: ¿no te fijas en que todos son iguales?

EL JUDÍO: ¡Claro! Porque son de plomo. Pero los soldados de verdad...

EL HIJO: ¿Qué?

EL JUDÍO: ¡Son distintos! Unos son altos y otros más pequeños. ¿Tú no ves que son hombres?

EL NEGRO: Sí; los hombres son distintos. Unos son grandes, como éste dice, y otros son más chicos. Unos negros y otros blancos, y otros amarillos (*Indicando al chino*) como éste... El otro día escuché que los negros son menos que los blancos ¡A mí me dio una pena...!

EL JUDÍO: Sí. También un alemán, que tiene una botica en la calle de Compostela, me dijo que yo era un perro, y que a todos los de mi raza los tenían que matar. Yo no lo conozco, ni nunca le hice nada. Y ni mi mamá, ni mi papá tampoco. ¡Tenía más mal carácter!

EL CHINO: A mí me dijeron una vez que la raza amarilla era menos que la blanca... La blanca es la mejor...

EL HIJO: Sí; yo lo leí en un libro antiguo que tengo; un libro de geografía. Pero dice mi mamá que eso es mentira; que todos los hombres y todos los niños son iguales. Yo no sé cómo va a ser, porque fíjate que ¿no ves? yo tengo la carne de un color, y tú (*se dirige al chino*) de otro, y tú (*se dirige al negro*) de otro, y tú (*se dirige al judío*)... ¡Pues mira qué cosa! ¡Tú no! Tú eres blanco, igual que yo!

EL JUDÍO: Es verdad, pero dicen que como tengo la nariz, así un poco... no sé... un poco larga, soy menos que otras gentes que la tienen más corta. ¡Es muy complicado! Yo me fijo en los hombres y en otros muchachos por ahí, que también tienen la nariz larga, y nadie les dice nada...

EL CHINO: ¡Porque son cubanos!

EL NEGRO (*Dirigiéndose al chino*): Sí... Tú también eres cubano, pero tienes los ojos como los chinos.

EL CHINO: ¡Porque mi padre era chino, animal!

EL NEGRO: ¡Pues entonces tú no eres cubano! ¡Y no tienes que decirme animal! ¡Vete para Cantón!

EL CHINO: ¡Y tú vete para África, negro!

EL HIJO: ¡No griten, que viene mamá y luego nos va a retar!

EL JUDÍO: ¿Pero tú no ves que este negro le dijo “chino”?

EL NEGRO: ¡Cállate, tú, judío, perro, que tu padre es zapatero y tu familia...!

EL JUDÍO: Y tú, carbón de piedra; y tú, mono; y tú... (*Todos se enredan a golpes, con gran escándalo. Aparece la madre, corriendo*).

ESCENA III

LA MADRE: ¡Pero qué es esto! ¿Se han vuelto locos? ¡A ver, Rafaelito, ven aquí! ¿Qué es lo que pasa?

EL HIJO: Nada, mamá, que se pelearon por el color...

LA MADRE: ¿Cómo por el color? No te entiendo.

EL CHINO (*Indicando al negro*): ¡Señora, porque éste me dijo “chino”, y que me fuera para Cantón!

EL NEGRO: Sí, y tú me dijiste “negro”, y que me fuera para África...

LA MADRE (*Riendo*): ¡Pero hombre! ¿Será posible? ¡Si todos son lo mismo...!

EL JUDÍO: No, señora; yo no soy igual a un negro...

EL HIJO: ¿Tú ves, mamá, cómo es por el color...?

EL NEGRO: Yo no soy igual a un chino.

EL CHINO: ¡Míralo! ¡Ni yo quiero ser igual a ti!

